

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 6 octubre 1913).

NUEVOS ARABESCOS

Yo no sé si conocen ustedes aquella profunda sentencia de uno que fué profesor de Hacienda pública en la Universidad de Coimbra, y el cual dejó para siempre dicho que el supuesto en Roma comenzó por no existir. ¿No les parece á ustedes que es esta una fórmula admirable y altamente transcendental?

Bien. ¿Y qué es eso de transcendental?—preguntará alguien. Y le contestaré lo que le contestó un sabio á otro sabio que le preguntaba qué era el tiempo, y es que le dijo: «¿Lo sabe usted? ¿Sí? ¡Pues hablemos de él! ¿No lo sabe usted? Pues hablemos de otra cosa.» Hablemos, pues, de otra cosa que no sea transcendental.

Peró es que acaso el que así me pregunta lo hace con segunda intención y es uno de esos espíritus reflexivos á la par de generosos que están aterrados ante la degradación que dicen hacemos sufrir al tecnicismo los que nos dedicamos al género chico filosófico. ¡Porque en filosofía hay también un género chico, que es el único que produce algo, aunque muy poco, en nuestra malaventurada patria.) Por ejemplo, llamar al torero Belmonte un fenómeno es un atentado contra el tecnicismo filosófico. Cualquiera día aparece un pelotari ó un luchador grecorromano, Ochoa, pongo por caso, que sea un número. ¿Pero es que no se le llamó á Cánovas monstruo?

Federico Guillermo Robertson, en uno de sus más admirables sermones, el que sobre la lucha de Jacob con el ángel del Señor (Génesis, XXXII, 28, 29) predicó en Brighton en 10 de Junio de 1849, decía que una nación puede llegar á tal estado que el Nombre Eterno (el de Dios) se use para apoyar una sentencia ó para adornar una conversación familiar sin que choque á los oídos con el son de blasfemia, porque, en realidad, ese Nombre no responde ya al Altísimo, sino á una más baja concepción, ídolo de una mente rebajada. Y añadía: «Por ejemplo, en una lengua extranjera, lengua de un pueblo ligero é irreligioso, puede usarse el Nombre Eterno como una interjección expletiva y conversacional, sin que choque á la sensibilidad religiosa. No podéis hacerlo en inglés. Sonaría á blasfemia el decir en una charla ligera ¡Dios mío! ó ¡Buen Dios! Sentiríais escalofrío al oírlo. Pero es que en esa lengua la palabra ha perdido lo que de sagrado tiene, porque ha perdido su significación. No quiere decir más que Júpiter ó Baal. Significa un ser cuya existencia se ha convertido en fábula de nodrizas. No os maraville, pues, que se nos enseñe á rezar ¡santificado sea tu Nombre!



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



Y no podemos rogar por nuestro pueblo más profundo ruego que el de decir: «Que jamás tu nombre valga en inglés por una idea más baja que aquella por que vale hoy!»

¿No les parece que ese pueblo ligero ó irreligioso donde el nombre de Dios puede servir de mera interjección, si es que no de algo peor, y á que aludía Robertson, puede muy bien ser el nuestro? Porque aquí, dejando aparte otras cosas más repugnantes, es frecuente oír que todo dios sabe esto ó lo otro, lo que implica, dice un amigo mío, cierto panteísmo inconsciente; ó aquello de que una cosa ha salido como Dios quiere cuando sale mal, implicando que Dios quiere que salga mal ello.

Pues lo mismo pasa con otros nombres que, aunque no divinos, son respetables. Se apoderan de ellos los chirigoteros, los sacan de quicio, los dan una significación burlesca, y cátales estropeados para una función seria y noble.

Pero tampoco hay que olvidar que degradar las palabras es una cosa y darles elasticidad es otra muy diferente. Y aquí la obra del ingenio. Del verdadero ingenio, ¿eh? No de ese otro que inventa colmos, camelos y juegos de palabras.

Y créame el P. X... O. P.: lo que hace falta á nuestros filósofos... Es decir, no, á nuestros filósofos no, sino á nuestros eruditos en filosofía, es algo de ingenio que les permita jugar con los conceptos, no ya con las palabras. Y créame también que á las veces se encuentra más filosofía, más verdadera filosofía, en un escrito volandero, tal vez humorístico, que en esos ponderosos infolios titulados *Tratado ó Instituciones*, ó cosa así, y en que se procede por A. B. C.; a. b. c.; I, II, III, y 1.º, 2.º y 3.º, con todo su andamiaje de definiciones, divisiones, *ad primum sic proceditur, praeterea, sed contra, ergo*, etcétera, etc.

Bien sé aquello de que *sancta sancte tractanda sunt*, que debe tratarse santamente lo santo y seriamente lo serio. Pero... ¿dónde empieza y dónde acaba la seriedad? Esa ocurrencia tan amena del profesor conimbricense de que el impuesto en Roma comenzó por no existir, ¿no puede llegar á ser el arranque de muy serias meditaciones? ¿No lo ha sido acaso aquella sentencia del granadino—aunque no profesor—de que la cuestión es pasar el rato, á que agregué lo de sin adquirir compromisos serios? ¿No es todo un programa filosófico en el más hondo é intenso sentido?

Todo ello se reduce á jugar, bien lo sé; á ejercitarse, á hacer gimnasia mental. ¿Para qué?—me preguntarán. ¿Pero es que todo el que hace gimnasia se propone salir por ahí á boleos con las gentes? ¿Es que todos los que se ejercitan en la esgrima lo hacen pensando en algún desafío? Ni mucho menos.





Hay algunas aves que cuando se las enjaula se ejercitan en aguzar el pico contra los barrotes de la jaula. Y así hacemos no pocos hombres, aguzando nuestra inteligencia contra los barrotes de la jaula en que al nacer se nos encerró. ¿Para qué? ¿Para qué queremos tener el pico más agudo? Porque el caso es que no por eso logramos romper los barrotes y salir de la jaula. Y acaso fuese peor, porque fuera de ella no podríamos volar por falta de aire. Y sabida es la ingeniosísima comparación del Filósofo, de que vuelan las aves merced al aire, que opone á sus alas resistencia.

No hay que despreciar, pues, el género chico filosófico. Porque hay tragedias filosóficas en cinco actos y hasta con prólogo y con su anagnórisis y su desenlace, más ó menos castrófico, que maldito si valen lo que la última de esas piecicillas con algún baile transcendental y dos ó tres cuplés metafísicos.

Precisamente si en España no ha habido hasta ahora, que yo sepa, filósofo alguno que pueda figurar entre los de primera magnitud es por no haber aquí ambiente para ello, porque nuestra nebulosa mental excluye esas estrellas, y todo ello por una cierta seriedad entre trágica y agresiva que mata el ingenio y aquella ironía indispensable para crear hondos filosofemas. ¡Un país donde pasa por jocoso el tenebroso y tétrico Quevedo! ¡Cuándo se ha oído aquí la carcajada de Rabelais ó la risita amarga de Heine? Nuestra risa es una forma de nuestra seriedad inocente.

Y digo adrede eso de seriedad inocente. Tiene otro nombre; pero es demasiado cruel. Es la seriedad de antes de haber probado el fruto de la creencia del bien y del mal, una se-

riedad edénica. Y hay otra seriedad de después de haberlo digerido, de cuando nos duelen las tripas de la indigestión de ese fruto.

En resolución, que la filosofía en España tiene que comenzar como el impuesto en Roma: por no existir. Y para darnos cuenta de su no existencia no están del todo mal los arabescos.

Miguel de Unamuno.

